

Barcelona, ciudad insegura

Carme Riera



Barcelona, pese a la pandemia, cuyas secuelas muestran aún sus calles, con tiendas desaparecidas, locales cerrados, hoteles que aún no han abierto, soledad, pintadas y aspecto carcelario –esos horribles barrotos disuasorios en las calzadas–, sigue siendo una ciudad hermosa.

A veces hay “una alegría deshilvanada en el aire”, como escribió Laforet en *Nada*, que nos compensa de las tristezas de su abandono. Barcelona es, además, nuestra ciudad, la de millones de catalanes por nacimiento o adopción, y eso nos lleva a amarla a pesar de sus muchos defectos. Algunos, la mayoría, no imputables a su situación, entre el mar, al que las Olimpiadas la abrieron, y la sierra de Collserola, ni al trazado que, gracias al gran *Ildelfons Cerdà*, proporciona cuadrículas por las que discurren calles amplias.

Los defectos de Barcelona tienen que ver principalmente con quienes nos gobiernan en el Ayuntamiento, en la autonomía y también fuera de ella, en España. El rechazo al co-

che de la alcaldesa y sus ediles supone, me consta, una bienintencionada lucha ecológica. Bienvenida sea. Eso ha propiciado las bicicletas y los patinetes. Nada que objetar. Pero he aquí que muchos de sus conductores se saltan impunemente los semáforos, andan con tranquilidad por las aceras e incluso te insultan si les obstaculizas su prisa o hacen amago de atropellarte si les increpas.

El rechazo del coche no ha sido compensado, para los que no podemos andar ni en bicicleta ni, menos aún, en patinete, por un mejor y más eficiente transporte público. Un transporte público en el que los cacos han encontrado terreno abonado para sus hurtos,

Evitar robos y hurtos sería posible si mossos y policías contaran con más efectivos

pues están a la orden del día y de la noche. A servidora de ustedes, que se ha paseado sola por lugares tenidos por peligrosos en extremo –el mexicano DF, Caracas o Bogotá, sin ser agredida ni robada–, aquí, en Barcelona, la han asaltado, robado o hurtado seis veces y no conoce a nadie de su entorno a quien no le haya pasado lo mismo, aunque sea en menor medida.

Las leyes españolas vigentes en Catalunya, tan laxas y amables con los cacos, rateros, carteristas y demás, impiden que estos sean castigados; en consecuencia, tampoco los Mossos ni la Policía se toman la molestia de detenerlos. ¿Para qué si los van a soltar de inmediato ya que las leyes están de su parte?

Con motivo del *Mobile World Congress*, que, al parecer, ha dinamizado un poco la decaída economía de la capital y nos ha inyectado cierto optimismo, llegaron a Barcelona ladrones profesionales de otros lugares para cebarse en catalanes y foráneos. Según los mossos que me atendieron cuando fui a poner la denuncia por el hurto de mi bolso, eran muchas las que llevaban tramitadas por igual motivo. Me consta que durante aquellos días la vigilancia se intensificó cerca del lugar donde se celebraba el congreso, de manera que los carteristas escogieron otros sitios.

Las laxas condiciones impuestas por la justicia a delincuentes y okupas propiciarán, por desgracia, el voto de muchos ciudadanos hacia partidos de extrema derecha, cuya intención de cambiar las leyes en este sentido es meridiana. Si la izquierda quiere evitarlo y dado que las leyes sobre ambos asuntos no van a modificarse, debería, por lo menos, poner medios para extremar la vigilancia. Evitar robos y hurtos sería posible si el despliegue de mossos y policías fuera mayor, si contaran, como piden, con más efectivos. ¿Habrá que seguir con la murga de que la inseguridad de Barcelona es un pésimo reclamo turístico? ●

Estufas del mundo, uníos

Carlos Zanón



Qué satisfacción pasar de nuestros Yagos al Grunión europeo. El sabor del jarabe amargo que cura. El tipo que te recuerda que las cosas tienen un precio y que has de elegir al lado de quién estás y con quién te quedas. Y además lo hace con ejemplos que puede entender cualquiera. Porque uno, en su vida, se ha tropezado en alguna que otra ocasión con una estufa, pero nunca con algo llamado diplomacia de precisión, muy Nacha Pop, por cierto. Has dado en el blanco, con dos flechas, tres dianas para ser exactos, así que, quién sabe, en esta lucha de gigantes quizás una estufa al ser apagada pueda convertir el aire en gas natural.

Habrà quien dirá que son aleteos de mariposa para detener huracanes. Es verdad, pero no está de más, en estos veinte minutos sin capataces del sentirse mal, enfundarnos otro jersey y estar orgullosos de ser demócratas, mejorables y europeos. Es más que probable que el ges-

Quizás una estufa al ser apagada pueda convertir el aire en gas natural

to sea inútil, pero no por ello innecesario para entender que debemos salir de nuestra cabeza y hacer algo con las manos, los pies y el resto del cuerpo. Defender la libertad y sentir frío e intemperie a la vez. En nuestro país, de modo transversal y, en un breve lapso de tiempo, nos hemos dado cuenta de que seguimos necesitando a Antonio Vega y a Frank Capra. No nos ha dado igual ver cómo se venden votos, traicionan a un jefe de filas o invaden un país a sangre y fuego.

A todo el mundo le gustan las estufas. Hay una generación que creció con media cara ardiendo a causa de una Butater, y después llegaron un par o tres de generaciones que nunca conocieron suficiente frío para tantos jerséis como tuvieron en los armarios, pero las estufas no parecen el sol. La estufa de ayer, maldito músico talentoso que estás en los infiernos, aún no es demasiado tarde para comprender. ●

APUNTES DEL NATURAL - JI. MARTÍN



Cada fin de semana, cuando salgo a comprar el pan en el gentrificado Sant Antoni, tengo la sensación de que el mundo entero ha venido a mi barrio, gozoso, a hacer el vermut. Al principio, creí que se trataba de alguna fiesta vecinal, pero iban pasando las semanas y me di cuenta de la permanencia del ritual. ¿Cómo no lanzarme, pues, a devorar un libro que se titula *Metafísica del aperitivo* (Periférica), del francés *Stéphan Lévy-Kuentz*?

El narrador –sospechamos que el propio autor– apaga el teléfono móvil (“la libertad es la posibilidad de aislarse”, dijo Pessoa) y se sumerge en un achispado monólogo interior, entregado a este antiguo ritual romano (cuando los anfitriones ofrecían a sus invitados vino con miel).

Aunque Lévy-Kuentz, claro, aperitiva en París, donde se encuentra mendigos que recitan a Artaud, su experiencia se puede perfectamente trasponer a la nuestra. Abstraído con su libreta, espía en su propio interior y en el

Entre olivas y cacahuetes

Xavi Ayén



exterior, escucha los diálogos de la mesa de al lado con la misma atención que si se encontrara en un estreno teatral, se fija en los camareros y en los transeúntes, convoca a los grandes escritores y artistas que le han influido y

hasta se imagina charlando con ellos en la misma terraza de Montparnasse en la que estuvieron. El fantasma de Francis Scott Fitzgerald le confiesa que, allí sentado, “un día me di cuenta de que hasta el amor que sentía por mis allegados se había convertido en un mero intento de amar”. El piensa, en cambio, que el autor de *El gran Gatsby* representa unos buenos tiempos, pues cree que hoy la seducción ha sido sustituida por la persuasión (cita a Erasmo: “Cuanto menos talento, más orgullo, vanidad y arrogancia”).

El aperitivo era “la oración de la tarde” para Paul Morand. En la benéfica visión de Lévy-Kuentz, es una digestión liberadora, un instante de gracia y efímera comunión con el mundo que nos rodea. De ahí lo de metafísica: produce una suspensión temporal, un momento de eternidad que nos faculta para la libertad, la contemplación y la descripción de la belleza.

Piensen en todo eso hoy, cuando pidan stus olivas. ●